D. RESURRECCIÓN. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 20,1-9.

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.
Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien quería Jesús, y les dijo:
-Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.
Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo: pero no entró.
Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: Vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte.
Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.
Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

¡VIVE PARA SIEMPRE!

«Celebramos la Vida», esa vida que descubrieron los discípulos en su Maestro, en Jesús. Ellos, tras su muerte, gozaron de la dicha de percibir, sin ningún género de duda, que Jesús estaba vivo, que la muerte no había podido con Él. Hoy es a cada uno de nosotros a quienes nos toca realizar, en Jesús, ese mismo descubrimiento, la verdadera Vida.

En el prólogo del Evangelio de Juan se dice: ***«En la Palabra había vida y la vida era la luz de los hombres»***. Estamos recordando ***«esa Vida y esa Luz»*** con la que Jesús nos abrió el ***«camino de la Plenitud»***, un camino de Resurrección al que todos ***«podemos y debemos»*** llegar.

Con la constatación de que la muerte no había podido con Jesús, nació la fe de los discípulos. ***«Creyeron en aquel Hombre»*** con quien habían convivido tan íntimamente desde el Jordán, reconocieron que, a pesar de su muerte en la cruz, ***«Dios estaba con Él»*** y le reconocieron como ***«Señor»***, como ***«Dios»***.

Nosotros creemos en Jesús a través de la fe de aquellos discípulos convertidos en ***«testigos»***. Su fe les convirtió en mensajeros, en sus pregoneros. La fe de toda nuestra Iglesia está construida sobre esa misma fe. Ellos fueron testigos de su bautismo en el Jordán, de sus andanzas de aldea en aldea, de sus curaciones, de sus parábolas, de su muerte y, después de su muerte, se constituyen también en ***«testigos de que está vivo»*** y dedicarán toda su vida a dar ese testimonio ***«para que también otros crean»*** en Él.

Todo este testimonio es el que ***«consta en los Evangelios»***. Los Evangelios nos ponen en contacto con la fe de aquellos hombres y mujeres que se encontraron con Jesús, le siguieron, creyeron en Él y dedicaron sus vidas a transmitir su fe. Y nosotros recibimos la fe que ellos nos han entregado y ***«la misión de entregarla a otros»***. De aquí nace el concepto de ***«Tradición»***, del verbo -tradere- entregar.

Pero los testigos no fueron simplemente transmisores de una información. Su testimonio no fueron simplemente sus palabras. Fueron testigos de Jesús porque ***«cambiaron de vida»***. Su fe en Jesús se basó en ***«aceptar sus criterios, sus valores y su Dios»***. Se sintieron resucitados, empezaron a vivir ***«una vida nueva, inspirada por el mismo Espíritu de Jesús»***. Y esa vida nueva es ***«lo mejor de su testimonio»***. No solo fueron notarios de su historia, sino que su principal testimonio fue el de ser ***«transmisores de vida nueva»***, de ser ***«transmisores del Espíritu de Jesús»***.

En las primeras comunidades de creyentes, celebraban la ***«Eucaristía»***, y en ella repetían los hechos y los dichos de Jesús, según la memoria de los testigos.

Nosotros también, al celebrar la Eucaristía, repetimos la celebración de aquellos primeros creyentes, que hacían fiesta *«dando gracias por el nacimiento de su fe en el crucificado»*, refrescando su fe en el agua de la Palabra, comulgando con Él y sintiéndose hermanos de los demás hermanos.

En nuestras Eucaristías celebramos la resurrección, *«la de Jesús y la de cada uno de nosotros»*. Es momento para suscitar sentimientos que nos impulsen a vivir como Jesús, con sus *«mismos criterios y valores»*. Es momento también para la gratitud, para *«dar gracias a Dios por la vida nueva»*, la que hemos descubierto y hemos recibido de Jesús.

Todo esto no son teorías. Las cartas de Pablo muestran muy bien que seguir a Jesús no es una declaración de teorías, sino *«una manera de vivir»*. Creer en la resurrección es *«vivir como resucitados»*, pero esto significa exactamente lo mismo que *«vivir como crucificados»*.

La señal del cristiano es *«la Santa Cruz»*. El discípulo ha de ser como su maestro. Si a Él le crucificaron, a sus seguidores también. Y además les crucificarán los mismos: el dinero, el poder y los dioses del mundo. Jesús no dio ningún motivo para que le matasen. No fue un agitador social, ni un líder político, ni un guerrillero. No lo mataron por eso. Lo mataron por ser un revolucionario mucho mayor: *«por creer en un Dios distinto»*, *«por considerar a todos iguales»*, *«por preferir a los pequeños»*, *«por pasar del poder y del dinero»*. El Dios de Jesús es peligroso, porque no se sienta arriba, con poder para juzgar, sino que está *«debajo, para sustentar»*, está *«dentro, para fermentar»*.

Pasar del poder y del dinero puede parecer de locos. Hoy todo el mundo corre enloquecido tras el poder y el dinero. Hay que comprar cosas para disfrutar, hay que tener poder, prestigio, estatus, influencia... Son las metas de demasiadas personas. Tanto es así que alguno pensará, ¿a qué loco se le ha ocurrido que el poder y el dinero no son buenos?

Pues, a Jesús, que nos ha descubierto algo tan sencillo como que el poder y el dinero son *«bienes pegajosos»*, que nos hacen *«gastar innecesariamente la vida»*, nuestro escasísimo tiempo de existencia, porque tienden a *«apoderarse de quien los posee hasta deshumanizarlo»* y además son *«difícilmente compatibles con la compasión, la sencillez y la libertad»*, tan necesarias para humanizar este mundo que habitamos.

Este tiempo de coronavirus que estamos sufriendo tiene que ser, sin duda, un tiempo de reflexión sobre *«qué es lo verdaderamente importante en la vida»*. Y aquí, *«Jesús nos puede aportar mucho»*, *«nos puede aportar la verdadera Vida»*.

Si le seguimos nos encontraremos con una *«vida nueva»*, distinta, en la que la *«rutina»* diaria tendrá una profundidad desconocida, las *«celebraciones religiosas»* nos traspasarán el alma y la *«alegría y la paz»* serán nuestros huéspedes. Incluso la misma *«enfermedad»* tendrá una cara desconocida y la *«muerte»*, tras una vida acompañada por la esperanza, se convertirá en un descanso en las manos amorosas del Padre. Sólo es necesario que *«el Señor esté con nosotros»*, que nos abramos a Él, que le acojamos en nuestro corazón y que le demos gracias por todo lo que nos da la vida.

Celebramos, pues, la Vida, la Resurrección Jesús, que proclama que *«el crucificado ha triunfado»*, que tiene razón y que *«Dios mismo así nos lo ha revelado»*, aunque la mentalidad dominante, *«por el momento»*, no lo entienda. ¡Ojalá lo entienda pronto

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
12 de abril de 2020